

por los caminos, aunque no tanto ni con tanta audacia como los villafrañeros.

Cada carro sacado del barrero tiene treinta y seis espuestas, y se calcula que del carro salen cien cántaros de una arroba de capacidad cada uno, según la habilidad de la cantarera, pero el cántaro vacío pesa 7, 8 ó 9 libras.

Dicen que el horno cogía antiguamente cuatrocientos cántaros, que se decía una parte. La media parte eran doscientos cántaros, el pico, cien. De cien para atrás, se dice medio pico, que son cincuenta; un veinticinco, la cuarta parte, y tres veintees, que son sesenta.

Los carros que salían a vender la obra podían ser de siete o de ocho cántaros sobre el bastidor de los varaes. Se cargaban de tres o cuatro cercos, como la mies, de cántaros y tinajas. El carro de 8 cántaros y tres mulas, que era el corriente, cargaba una parte entera entre cántaros, cantarillas y tinajas.

Nadie que no lo haya visto puede creer que en un carro se pueda colocar esa cantidad de cacharros y que no se rompan, como tampoco es creíble que se metan en el horno. Son las maravillas de la colocación, en la que los moteños son maestros consumados, trabajando en ella como negros, que cargar un horno o un carro no es para gente enclenque o de poca sangre. La capacidad del cántaro moteño es una arroba. Las vasijas fraccionarias, cantarillas o jarras, son de tres al cántaro, de cuatro o de dos. En esta forma las pide el hornero cuando está enhornando, una de tres, una de dos o una grande, según conviene al hueco que tiene delante.

Los hornos vacilantes.

En la Mota había últimamente dos hornos de cocer cántaros, el de Braulio, en la Sendilla, y el de Urbano, en la Cruz Verde, que cocían ya de tarde en tarde.

Antes había siete, y cocían a diario; el de Salomón Estiraza, en la calle de las Cuevas; el de Vete, en la calle de las Afueras; en la Sendilla, el de Jorquillo; en la Sendilla Alta, el de Zato, y los dos de Gil, uno de los cuales es el de Braulio, derruido últimamente, y el de la Aniana, en la Cruz Verde.

Cuando se pensó hacer el trabajo que ofrecemos en este libro, visitamos los dos, y como llegaba la vendimia y el frío es enemigo del barro, se decidió dejar el estudio para la primavera; pero al volver, el horno de la Sendilla, al que rendimos el homenaje de colocarlo en la portada de este libro, se encontraba en la situación que se aprecia en la fotografía adjunta, lo habían tirado. ¡Pobrecillo!

No pudimos hablar con nadie ni hacer otra cosa más que fotografiar su ruina y fotografiar su calle, para perpetuar su recuerdo, como lo hacemos pasándolo a estos apuntes históricos de la comarca.

Sería inútil querer ocultar el pesar que sentimos al contemplar el hecho, revelador de la indiferencia de los pueblos ante lo que fue durante siglos raíz de su propia existencia.

La Mota se quedará sin ningún horno, que deberían ser su monumento genuino, como lo está ya Alcázar y casi Villarrobledo.

Los escombros en que descansa la *bici* del hombre de la piqueta no